

# La Crucifixión

Cuando hubo llegado el Salvador al monte Calvario, fué allí despojado de sus vestiduras, las cuales estaban pegadas á las llagas, que los azotes habian dejado en sus espaldas; y al tiempo de quitarselas, harian esto con tanta inhumanidad aquellos crueles ministros, que volverian á renovarse las heridas pasadas y á manar sangre por todas ellas....

Estando, pues, así ya desnudo, mándale extender en la cruz—que estaba tendida en el suelo—y obedeció como cordero á este mandamiento y acuéstase en esta cama, que el mundo le tenia aparejada, y entrega liberalmente sus pies y sus manos á los verdugos para enclavar en el madero.

Tendido, pues, el Salvador en esta cama, llega uno de aquellos malvados ministros con un grueso clavo en la mano y puesta la punta del clavo en medio de la sagrada mano, comienza á dar golpes con el martillo, y á hacer camino al hierro duro por las blandas carnes del Salvador. Los oídos de la Virgen oyeron estas martilladas y recibieron estos golpes en medio del corazón, y sus ojos pudieron ver tal espectáculo como éste, sin morir. Verdaderamente aquí fué su corazón traspasado con esta mano y aquí fueron rasgadas con este clavo sus entrañas y su pecho virginal.

Con la fuerza del dolor de la herida todas las cuerdas y nervios del cuerpo se encojieron hacia la parte de la mano clavada y llevaron en punta al todo lo demás. Y estando así cargado el buen Jesús hacia esta parte, como el ministro la otra mano para hacer que llegase al agujero que estaba hecho, oprimió fuertemente, que hizo desmenuzarse los huesos de los pechos y desabrochase toda aquella compostura y armonía del cuerpo divino; y así quedaron sus huesos tan distintos y señalados, que—como el profeta dice—les pudieron contar. Y de esta misma manera de crueldad usaron cuando enclavaron los sagrados pies. Y para mayor acrecentamiento de ignominia, crucificaron al Señor fuera de la ciudad, en el lugar público de los malhechores, y entre dos famosos ladrones. Y los que por allí pasaban y los que estaban presentes le escañaban y baldonaban diciendo: «A otros hizo salvos y á sí mismo no puede salvar.» Mas el Cordero mansísimo hacia oración al Padre por los unos y por los otros y ofrecía liberalmente el Paraíso al ladrón, que le confesaba.

Fray LUIS de GRANADA.

## Las siete palabras

Al cielo ofraciendo del mundo rescate; con clavos sujetas las manos divini- ciendo su sienes corona de espinas, se ostenta en los brazos del leño Jesús. A diestra y siniestra dos viles ladrones reciben la pena que al crimen se debe mas, so'o en el Justo se ensaña la plebe, y está allí la Madre al pié de la Cruz

La tunica sacra con grita sortean

en frente al suplicio los fieros sayones. y el pueblo inconstante; con torpes baldones, denuesta al que ha sido su gloria y salud.

Ya nadie recuerda sus hechos pasados del bien que hizo á todos cada uno se olvida; celebran su muerte, calumnian su vida... y está allí la Madre al pié de la Cruz!

Si Dios es tu padre, por mofa le dicen, desciendo, y entonces tendremos creencia; los oye el Cordero con santa paciencia, y, ya de sus ojos nublada la luz,

los alza exclamando: *Perdónalos Padre; lo que hacen ignoran, perdónalos pió;* con roncadas blasfemias responde el gentío, y está allí la Madre al pié de la Cruz!

*Sed tengo* murmura la victima angusta; vinagre mezclado con hiel le presentan; sus labios divinos la esponja ensanguientan y rie y se goza la vil multitud

En tanto del Martir se hiel la sangre cubriendo su frente con nubes espesas..... le tiemblan las carnes, le crujan los huesos, y está allí la Madre al pié de la Cruz!

*Mujer, vé tu hijo;* la dice y señala en Juan á la prole de Adán delincuento. *Ahi tienes, ¡oh hombre! tu madre clemente* mirando al apostol, añade Jesús.

Tal es el legado que alcanzan los mismos que son de su muerte causantes insanos; les dá para el cielo derechos de hermanos, y está allí la Madre al pié de la Cruz!

Mirando del Cristo la suma clemencia, de aquel que á su diestra comparte el suplicio conmuevese el alma; que el gran sacrificio ya en él ejercita su inmensa virtud, «De mí no te olvides, le dice, en tu reino»

Jesús premia al punto su fé moritoria: *Conmigo,* responde, *serás en la gloria,* y está allí la Madre al pié de la Cruz!

Mas ¡ay! ya el instante se acerca supremo; ya el pecho amoroso con pena respira; inclínase el rostro, que el angel admira,

y eleva la muerte su fiera segur. *¡Oh! Padre divino ¡por qué me abandonas!* la voz expirante pronuncia despacio; su queja doliente devora el espacio y está allí la Madre al pié de la Cruz!

*Todo es consumado. Mi espíritu ¡oh Padre!* recibe en tus manos, clamó el moribundo retiemblan de pronto los ejes del mundo, los cielos se cubren de obscuro capuz se parten las piedras, las tumbas se abren, sangriento un cadáver se vé, suspendido,

de Adán el linaje ya está redimido! y aún queda la Madre al pié de la Cruz.

Gertrudis G. de Avellaneda.

## Entierro de Cristo

A los brazos de María y á su divino regazo vienen á quitarle á Cristo los que á la Cruz le quitaron, porque en entrambos fué cierto que estuvo crucificado: en María con dolores y en la Cruz con fuertes clavos.

Sus camas fueron las dos al oriente y al ocaso: la una para la muerte y la otra para el parto. Hincáronse de rodillas los venerables ancianos á la Madre muerta en Cristo y á Cristo muerto en sus brazos.

Dadnos, le dicen, Señora dadnos el difunto Santo, que en la tierra ni en el cielo hay ojos, para mirarlo; dadnosle, pues nos le disteis, que queremos enterrarlo, para que diga la tierra que tuvo al cielo enterrado, y porque sepan los hombres que estuvo el cielo tan bajo que ya pueden, si ellos quieren alcanzarlo con las manos.

Tomad responde María, Madre suya y mar de llanto el cuerpo, que entre los hombres pasó mayores trabajos; escondedlo en el sepúltero, porque le persiguen tantos, que aun allí no está seguro de que vuelvan á buscarlo.

Nueve meses solamente que estuvo en mi virgen claustro de la envidia de los hombres le pude tener guardado; que el Bautista que le vió lo dijo con sobresalto y en voz espresa después, pasados treinta y dos años.

Tomad y enterradle, amigos, las piedras sabran guardarlo mejor que el pecho del hombre, que le vendió como ingrato.»

Mientras, para su mortaja, la Virgen está rasgando las telas del corazón velo de su templo casto Cielo y tierra previnieron el triste entierro entutado: la tierra los edificios y el cielo los aires claros.

Todas las hachas del cielo iban delante alumbrando; pero el luto de la tierra no dejaba ver sus rayos. Sol y luna sangre vistean porque el cielo, en tanto agravio, mostró sangre en sus dos ojos para señal de vengarlo.

Levantandose los muertos de sus sepúlteros helados, que como entierran la vida la que quisieron tomaron.

Las cajas fueron las piedras y con cajas le enterraron, que era Cristo capitán unas con otras sonando.

Hizose el velo del templo, no sin causa, dos pedazos, para que hubiese bandera, que llevasen arrastrando. No vinieron sacerdotes, aunque estaban consagrados, que siendo Dios el difunto, no eran menester sufragios.

El se llevaba la ofrenda pan y vino soberano la misa y el sacrificio que él consumió expirando. Iba su madre detrás y un mozo, su primo hermano, que se le dejó su Hijo en su testamento santo.

Llegaron con el difunto y la ballena de marmol recibió para tres dias aquel Jonás sacrosanto. ¡Alma! la Virgen se vuelve; á acompañarla volvamos, pues con ella volveremos á verle resucitado.

Lope de Vega

## La Resurrección

También el mármol divino; temerosa gimió la sacra tumba y monumento, vió burladas sus cárceles la losa; de duplicado sol se vistió el viento desatóse la guarda rigurosa del tazo de la noche amolante... quiso dar voces, mas la tumba con él le ahogó con el susto la garganta.

Levantáronse en pie para seguirle mas los pies de su oficio se olvidaron; las armas empuñaron para herirle y en su propio temerse embarazaron; las manos extendieron para asirle mas viendo vivo al muerto, se queda

de vivos tan mortales y difuntos que no osaban mirarle todos juntos. Apareció la Humanidad sagrada amaneciendo llagas en rubies, en joya centellante la lanzada los golpes en piropos carmesies; la corona de espigas esmaltada sobre el coral mostró cielos turqueses esplayábase Dios por todo cuanto se vió del cuerpo glorioso y santo.

En trono, las seráficas legiones nube ardiente tejieron con las alas, y para recibirle las regiones líquidas estudiaron nuevas galas; el hosana glosado en las canciones se oye suave en las eternas salas y el cárdeno palacio del Oriente con esfuerzo de luzas mostró ardiente.

La cruz lleva en la mano descubierta con los clavos, que ricas que rompida; la gloria la saluda por su puerta á las dichosas almas prevenida; viódo, á la muerte desmayada y muerta

con nuevo aliento respiró la vida; pobláronse los cóncavos del cielo y guardó de su contagio al suelo.

QUEVEDO.

Nota.—Anticipada un día la fecha por las festividades del Jueves y Viernes Santo.

Imprenta de P. Molino.